



## De corazón - Lo intocable. A partir de *Le toucher*, Jean-Luc Nancy

Santiago Caneda Lowry

Recibido: 14 de octubre de 2019 / Aceptado: 15 de noviembre de 2019

**Resumen.** Lo intocable, la posibilidad de tocar en lo intocable y el respeto a la ley misma del tacto, son algunos de los aspectos centrales del libro que Jacques Derrida dedicó a Jean-Luc Nancy, *Le toucher*, Jean-Luc Nancy. En el presente artículo se recoge una revisión crítica de estos temas, buscando esclarecer o facilitar la aproximación a la lectura paciente y rigurosa que Derrida pone a trabajar en esta obra. Esta ley del tacto supera el debate sobre la percepción y se encamina hacia el cuestionamiento de la ética involucrada en la definición de este sentido. Un tacto que ya no remite únicamente al sentido llamado tacto, sino que apunta también a la cordialidad y al respeto, en el contacto con el otro. En su recorrido, Derrida examinará también la caricia en Lévinas para desgajar su intención de tocar en lo intocable, buscando con ello acercarnos a la raíz del tocar que encontraremos finalmente en Nancy. Desbrazado este camino nos centraremos ya en la obra filosófica de este autor sobre el cuerpo y su deconstrucción, así como la importancia otorgada a cierta nota póstuma de Freud. En definitiva, buscamos asentar las nociones fundamentales del tocar en Nancy, así como su originalidad frente al haptocentrismo que caracteriza las elaboraciones fenomenológicas precedentes.

**Palabras clave:** Jacques Derrida; Jean-Luc Nancy; deconstrucción; tacto.

### [en] Cordially - The untouchable. An approach on *Le toucher*, Jean-Luc Nancy

**Abstract.** The untouchable, a chance of touching the untouchable and the respect of this law of touch itself, these are some of the key themes of Jacques Derrida's *Le toucher*, Jean-Luc Nancy. This paper presents a critical reading of this issues with the aim of easing and clearing the path to Derrida's patient and rigorous work on Jean-Luc Nancy. This law of touch goes beyond the discussion on perception and gets on the track of an ethics involved in the very definition of this sense. A touch that no longer refers exclusively on the sense, but on the cordiality and respect of the contact with the other. On this road to the core of what Nancy claims to be the untouchable, we'll also review the caress in the work of Lévinas, as it's one of the best examples of the risks involved when trying to touch beyond touch itself. Once this path is cleared, we'll approach the works of Nancy on the body and its deconstruction, as also the great deal that he sees in a posthumous note of Freud. Finally, this paper looks for a clearer but solid access to the *oeuvre* of Jean-Luc Nancy, and its cleverness in face of the preceding phenomenological highlights.

**Keywords:** Jacques Derrida; Jean-Luc Nancy; deconstruction; touch.

**Cómo citar:** Caneda Lowry, S. (2019) "De corazón - Lo intocable. A partir de *Le toucher*, Jean-Luc Nancy", en *Escritura e Imagen* 15, 253-266.

La existencia es su propio tatuaje.  
Jean-Luc Nancy, *El sentido del mundo*

*Le toucher Jean-Luc Nancy*<sup>1</sup>, se escribe con una mano, casi dedo a dedo. Su pulgar trataría sobre lo propio del hombre, lo que lo distingue ya de una garra. Su índice señalaría el haptocentrismo característico de la fenomenología y que lo vincula a la metafísica de la presencia. Su dedo corazón, que no hace pinza (más que para chasquear los dedos), recogería la ley del tacto (si es que lo hay). Un dedo anular, dedicado a la unión del cuerpo y del alma. Y finalmente el meñique, denostado por poco útil, pero aprovechado muchas veces para aclarar el canal auricular, para aguzar el oído. En este texto nos quedamos a medio camino, en el centro, en el dedo medio, corazón o cordial. Su centralidad no debe dar lugar a significados, únicamente su cordialidad. Se trata de un dedo que, por sí mismo, suele encarnar insultos (aunque cuentan leyendas y otras quiromancias que el dedo corazón de una mujer tenía la medida exacta de profundidad para plantar el maíz). Este dedo que no toca ni hace pinza es un dedo, precisamente, cordial que, incluso no tocando, tiene tacto. Hay, pues, una ley del tacto, y ése será el camino, aporético por supuesto, que debe llevarnos a lo intocable, hacia otros tactos.

Límites entonces, *limitrofitad* o *limitroficidad*<sup>2</sup> del tacto, de la ley y de la ley del tacto: «No imaginamos lo que sería una ley en general sin algo así como el tacto: hay que tocar sin tocar. [...] [N]o tocar en la cosa misma, en lo que hay que tocar [...]. Y, primeramente, en la ley misma»<sup>3</sup>. La ley misma, lo intocable que dice que hay que tocar sin tocar en lo que prohíbe tocar, que regula el tocar. Un intocable posible, abre la posibilidad que interesa a Derrida encontrar respecto del debate sobre el objeto y su verdad, la posibilidad de una cuasi-trascendentalidad<sup>4</sup>. Por ahora mantengámonos en el límite, tengamos tacto y toquemos apenas en la ley: «*Il y a là loi du tact*»<sup>5</sup>, «Hay ahí la ley del tacto»; «*Il y a là cendre*», «Hay ahí ceniza»<sup>6</sup>. Esta enunciación de la ley del tacto y los ecos de *Feu la cendre* no es casual, y orienta la búsqueda de Derrida por alcanzar ese tacto limitrofe capaz de tocar, de tantear al menos, cierta cuasi-trascendentalidad. Se formula en el corazón de esta ley, de toda ley, una locura, una figura capaz de contener dos órdenes tan conjuntivas como disyuntivas, exponiéndolas a ambas a su contaminación: «lo que ella pone así en contacto, o más bien en contigüidad, *partes extra partes*, es primeramente el contacto y el no-contacto»<sup>7</sup>. Necesidad de andar a tientas aunque sin intuición. En quiromancia el dedo corazón corresponde a Saturno, y se evalúa su tendencia hacia el dedo índice (Júpiter) o al dedo anular (Apolo). Se hace de él un dedo limitrofe y juez, puente entre la «mente» orientada a la práctica –los dedos pulgar e índice–, y la «mente» inconsciente –representados por el anular de Apolo y el meñique de Mercurio. Aquí, aunque alejados de ese simbolismo, reclamamos el valor limitrofe de este dedo corazón cordial.

<sup>1</sup> Derrida, J., *Le toucher, Jean-Luc Nancy*, París, Galilée, 2000.

<sup>2</sup> Evitamos *liminalidad* para no confundir con el uso de este concepto en la antropología de V. Turner.

<sup>3</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy, El tocar, Jean-Luc Nancy*, Buenos Aires, Amorrortu. Trad. Irene Agoff, 2011, p. 105.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>6</sup> Derrida, J., *La difunta ceniza/Feu la cendre*, Buenos Aires, La cebra, trad. Cristina de Peretti y Daniel Álvaro, 2009.

<sup>7</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 107.

Primero, la ley. Pero este «primero» debe señalar, no obstante, su estadio secundario, «primero, la ley» quiere decir «primero la interrupción de la contigüidad con lo que, en este mismo acto, denominamos como naturaleza». Ello permite dictar un tacto, un contacto sin contacto; lo que puede éticamente hacerse o no hacerse, incluso la misma decisión sobre la naturalidad. No obstante, una división y decisión tal está ya decidida, es producida por la naturaleza antes de que se enuncie su propio nombramiento. De tal forma queda ya desacreditada una oposición animalidad/humanidad, naturaleza/cultura, y se muestra la imposibilidad de determinar un tocar general y esencial sin determinar antes quién toca y qué es tocado. De la misma manera, esta imprecisión (si es que podemos llamarla así) se suma a un tacto indiferenciado en sus formas. Derrida menciona la caricia y el golpe, ausentes en el *De Anima*; ejemplos de la dirección del tacto, dirigidos más bien a un «quién», a un prójimo (que no necesariamente es humano o animal, hombre o mujer), antes que a un «qué»<sup>8</sup>. Tal vez lo que no han dicho otros al respecto de estos tactos lo recoge Nancy sin determinaciones de dirección (humana o sexual, por ejemplo):

Corpus del tacto: tocar ligeramente, rozar, apretar, hundir, estrechar, alisar, rascar, frotar, acariciar, palpar, tentar, amasar, masajear, enlazar, oprimir, golpear, pellizcar, morder, chupar, mojar, sujetar, aflojar, lamer, menear, acunar, balancear, llevar, pesar...<sup>9</sup>

Un tacto que ya no es el tacto (Nancy dirá también «no hay “el” tacto») se anuncia ya en su *Corpus*, pero antes de llegar a ellos, a esos tactos, debemos dar otro rodeo, alrededor de la caricia. Caricia que da, caricia que toma; el placer de la caricia es capaz de cuestionar nuestro sentido común sobre el sentido llamado tacto, por cuanto se juega en la caricia (y sus contrarios, sus medidas) una pregunta por la neutralidad del tacto mismo. Pregunta que Derrida formula en tres vertientes: un tocar teórico, objetivo, que es el del haptocentrismo que toca para saber; un tocar previo a una investidura pulsional, anterior a la caricia o al golpe; un tocar fenomenológicamente neutralizado, previo a toda intencionalidad<sup>10</sup>. Posibilidades que pasan por la lectura que Derrida hará de la caricia en Lévinas, que busca hacer de ella un «contacto más allá del contacto», «un modo de ser del sujeto donde el sujeto en el contacto de otro va más allá de este contacto. El contacto en cuanto sensación forma parte del mundo de la luz»<sup>11</sup>. Se rompe aquí cierto haptocentrismo por cuanto el tacto, inmiscuido en la caricia, entra en el terreno de la voluptuosidad, algo ya distinto, no-solitario, en palabras de Lévinas. Retengamos por un momento esta cuestión del saber, pues «la caricia no sabe lo que busca. Este “no saber”, este desordenado fundamental, es lo esencial de ella»<sup>12</sup>. Caricia, por tanto, que se separa del sentido llamado tacto («lo acariciado, propiamente hablando, no se toca»<sup>13</sup>). Apunta a lo tierno, el ámbito de un futuro más allá del futuro, de la posibilidad de cualquier «yo puedo»<sup>14</sup>. La caricia, en Lévinas, terminará excediendo la promesa misma, una promesa sólo negada a lo femenino, éste será el recorrido y la lectura que hará de ella Derrida en su camino hacia el tocar en lo intocable en Nancy.

<sup>8</sup> Ibid., p. 109.

<sup>9</sup> Nancy, J.-L., *Corpus*, Madrid, Arena Libros, trad. Patricio Bulnes, 2003a, p. 72.

<sup>10</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., pp. 118-9.

<sup>11</sup> Lévinas, E., *El tiempo y el otro*, Barcelona, Paidós, trad. José Luis Pardo, 1993, p. 132.

<sup>12</sup> Ibid., p. 133.

<sup>13</sup> Ídem.

<sup>14</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 122.

La caricia termina así por abolir el orden del rostro mismo<sup>15</sup> (cabe insistir, del rostro femenino, incluso más: la constitución del rostro implicará la negación de una rostridad femenina y, también, animal). Veamos este «equívoco» en los aspectos señalados por Derrida. Este cuidado de la axiomática del rostro queda, digámoslo rápidamente, en jaque, por dos elementos: la situación de una promesa más allá de lo posible o del futuro, es decir, la promesa que incluye en sí la posibilidad, situada en su mismo acontecer, de su no realización; y una amenaza por la cual «resulta automáticamente deconstruido el concepto mismo de promesa en su definición clásica»<sup>16</sup>. A esto se agrega el tratamiento que hará Lévinas de la diferencia sexual, construido de forma asimétrica, incuestionablemente varonil: «Si el tocar que toca con la caricia toca (sin tocar) a lo intocable como inviolable, allí el acariciante es siempre masculino y el acariciado (intocable) femenino»<sup>17</sup>.

La caricia que va más allá del rostro rompe, pues, con la ley del tacto. La caricia toca así en lo intocable, nos sitúa en un punto en el que ya ni siquiera sabemos qué puede querer decir tocar, puesto que «la caricia, como en el contacto, es sensibilidad. Pero la caricia trasciende lo sensible»<sup>18</sup>. Lévinas hace de ella, de esa caricia voluptuosa, una experiencia pura, capaz de conmover lo que entendemos por fenomenología<sup>19</sup>, que pasa por cierta lectura, cierta interpretación de la profanación y de lo femenino, que «ofrece un rostro que va más allá del rostro»<sup>20</sup>. Ese rostro es el de la amada, siempre amada y nunca amado, y que expresa una negación de la expresión: «fin del discurso y de la decencia [...]. En el rostro femenino, la pureza de la expresión se turba ya por el *equivoco* de lo voluptuoso»<sup>21</sup>. Se insinúa el mal<sup>22</sup>, entonces, en ese más allá del rostro, en ese equívoco, en la indecencia y la profanación. A ello se agrega la amada, la disimetría que rige esta «fenomenología del Eros»: «Él es acariciante, ella es acariciada. Él es tocante [*touchant*, no sólo toca, sino que también conmueve], acariciante, pero no toca. En cuanto a ella, aun acariciada, permanece intocable. Tenemos la sensación de que no acaricia nunca»<sup>23</sup>. Esta insistencia en la disimetría nos obliga a revisar brevemente la conceptualización de la feminidad en Lévinas, que él identifica con ciertas cargas ontológicas que, veremos, terminan por equiparar lo femenino a cierta infantilidad, cierta animalidad muda.

Ella, la amada, es la tierna, la frágil:

La amada, a la vez apresable, pero intacta en su desnudez, más allá del objeto y del rostro, y así más allá del ente, se mantiene en la virginidad. Lo Femenino, esencialmente violable e inviolable, el «Eterno Femenino» es lo virgen o un volver a comenzar incesante de la virginidad, lo intocable en el contacto mismo de la voluptuosidad, en el presente-futuro.<sup>24</sup>

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 125.

<sup>18</sup> Lévinas, E., *Totalidad e infinito*, Salamanca, Sigueme, trad. Daniel Guilloit, 2002, p. 267,

<sup>19</sup> Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, op. cit., p. 127.

<sup>20</sup> Lévinas, E., *Totalidad e infinito*, op. cit., p. 270.

<sup>21</sup> *Ídem.*

<sup>22</sup> Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, op. cit., p. 128.

<sup>23</sup> *Ídem.* Corchetes añadidos.

<sup>24</sup> Lévinas, E., *Totalidad e infinito*, op. cit., p. 268.

Lévinas termina feminizando la contradicción («lo femenino, es lo Otro, refractario a la sociedad»<sup>25</sup>), determinando con ello la figura de lo femenino<sup>26</sup>. Esta feminización de lo Otro queda envuelta en una identificación con la animalidad y la infancia (con la carencia de lenguaje entonces):

La caricia no se dirige ni a una persona, ni a una cosa. Se pierde en un ser que se disipa ya por completo en la muerte, en un sueño impersonal sin voluntad y aun sin resistencia, una pasividad, un anonimato ya animal o infantil. La voluntad de lo tierno se produce a través de su evanescencia, como arraigada en una animalidad que ignora su muerte, arrojada en la falsa seguridad de lo elemental, en lo infantil que no sabe lo que acontece. [...] La caricia aspira a lo tierno que no tiene ya el estatuto de un «ente», que sale de los «números y los seres» y no es una cualidad de un ente. Lo tierno designa una *modalidad*, la modalidad de sostenerse en la *no man's land*, entre el ser y el no-ser-aún. Modalidad que no se distingue como una significación, que, en modo alguno, ilumina, que se apaga y se desmaya, debilidad esencial de la Amada que se muestra vulnerable y mortal.<sup>27</sup>

Derrida multiplica aquí las citas en las que se sostiene esta relación:

La amada no se opone a un yo como a una voluntad en lucha con la mía o sometida a la mía, sino, al contrario, como una animalidad irresponsable que no dice verdaderas palabras. La amada, al retornar a la infancia sin responsabilidad —esta cabeza coqueta, esta juventud, esta pura vida «un poco tonta»—, ha dejado su estatuto de persona. [...] se juega con otro como con un joven animal.<sup>28</sup>

No parece necesario insistir más allá de estas citas. Derrida muestra, a partir de este seguimiento de lo intocable y de la caricia en Lévinas, otra mano, una mano de varón que toca de más (riesgo de la ambigüedad de la ley, tocar sin tocar en lo intocable, tocar demasiado por no saber, en verdad, cómo tocar, qué es eso otro y los riesgos de situar ciertos límites de determinadas formas: «Ley del tacto: todo comienza, incluso la fidelidad, y el juramento, por un imperdonable perjurio»<sup>29</sup>). Cabe preguntarnos, pues, ante este resultado, qué buscaba Derrida en esta lectura de Lévinas. A ésta da pie esa pregunta por las variedades del tacto, por ese corpus del tacto capaz de incluir la vista, la caricia<sup>30</sup>, el meneo, el golpe. Podemos arriesgar una hipótesis general sobre el libro a partir de esta duda: Derrida quiere encontrar la mano de Nancy, igual que pudo encontrar la mano de Heidegger, la mano de Husserl, de Lévinas; pretende encontrar una mano y, precisamente, buscar una mano es buscar el punto de continuidad con el haptocentrismo, con ese *humanoísmo* que definía con acierto a partir de su lectura de Heidegger (que llega a afirmar, recordemos, que los animales no tienen manos, sino garras). Si uno pregunta, entonces, a la obra

<sup>25</sup> Ibid., p. 275.

<sup>26</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 132.

<sup>27</sup> Lévinas, E., *Totalidad e infinito*, op. cit., p. 169.

<sup>28</sup> Ibid., p. 273.

<sup>29</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 139.

<sup>30</sup> Además de este corpus del tacto, encontramos otra mención a la caricia en Nancy en un texto posterior a la obra que nos ocupa y en la que Nancy manifiesta, además, haber leído *El tocar, Jean-Luc Nancy*: «“No me retengas” equivale también a decir: “Tócame con un toque verdadero, no apropiador, y no identificante”. Acaríciame, no me toques.» (Nancy, J.-L., *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*, Madrid, Trotta, trad. María Tabuyo y Agustín López, 2006a, p. 80,).

de Nancy y ésta le devuelve una mano que es sólo una mano, y no pie o lengua o vientre, o cuerpos varios, entonces se sabrá de qué *lado* cae (o terminaría cayendo) su insistencia en el tocar. Precisamente, la búsqueda de su *Corpus* apunta a otro pensamiento del cuerpo, realmente, otro punto de partida. Así, podemos entender la lectura de Lévinas como otra contraposición más que Derrida lleva a cabo a partir de los motivos que la obra de Nancy comparte con estos pensamientos, para comprobar si realmente son (tan) distintos, si hay verdaderamente otro cuerpo detrás de ellos. En lo que resta de este artículo nos ocuparemos de los inicios de este tacto que es múltiple en un sentido, tal vez, distinto al que intuía Aristóteles, hacia la Psique extensa, que Nancy lee y relee casi obsesivamente en *Corpus*.

Alrededor de Psique, entonces, una nota póstuma de Freud que Nancy comparte con la alegría de haber encontrado un tesoro:

La palabra más fascinante y quizás (y lo digo sin forzar) la más decisiva de Freud está en esta nota póstuma: «*Psyche ist ausgedehnt: weiss nicht davon*». «La psique es extensa: no sabe nada de ello». Es decir que la «psique» es *cuerpo* y que precisamente es esto lo que se le escapa, y por tanto (se puede pensar) que lo escapado o el escape la constituyen como «psique» y en la dimensión de un no-(poder/querer)-saber-se.<sup>31</sup>

Lo intocable se vuelve tocable, pero por medio de otro tocar, uno que es esencialmente distinto<sup>32</sup>. Antes de indagar en lo que puede este corpus, acerquémonos a lo que se reúne en Nancy bajo esta palabra: tocar. *Las musas* guarda(n) una mención y un desarrollo del tacto considerado como el sentido del cuerpo entero, Nancy da su versión del tacto citando, además, *Le toucher*, *Jean-Luc Nancy*:

El tacto no es sino el toque del sentido en su totalidad, y de todos los sentidos. Es su sensualidad como tal, sentido y sintiente. Pero el tacto mismo, en cuanto sentido y, por consiguiente, en cuanto se siente sentir y, más aún, *se siente sentirse*, puesto que solo toca al tocarse, tocado por lo que toca y porque lo toca, presenta el momento propio de su exterioridad sensible, y lo presenta *como tal y en su carácter sensible*. Lo que produce el tacto es «esa interrupción que constituye el tocar del *tocarse*, el tocar como *tocarse*». El tacto *es* el intervalo que hace sentir (lo que *es* sentir): la proximidad de lo distante, la aproximación de lo íntimo.<sup>33</sup>

Nancy precisa esta interrupción para hacer del tacto con-tacto, sentido del umbral; por ejemplo en «Pintura», en *El sentido del mundo*:

El tacto es el sentido como umbral, la división sintiente/sentido de la entelequia estética. El tacto es el claro/oscurito de todos los sentidos, y del sentido, absolutamente. En el tacto, en todos los tactos del tacto que no se tocan entre sí [...], los dos lados del único sentido no cesan de venir el uno al otro, accediendo sin acceder, tocando lo intocable, intacto, espaciando del sentido.

<sup>31</sup> Nancy, J.-L., *Corpus*, op. cit., p. 20. Trad. lig. mod..

<sup>32</sup> «La clave de la obra de Nancy, y también su singularidad: no tanto en el recordatorio del tocar, sino en un distinto pensamiento del cuerpo, de la boca y de la “mano” –de la mano y los dedos. Y sobre todo de la metonimia. Una distinta historia del cuerpo, que supone también una distinta experiencia del deseo» (Derrida, J., *El tocar*, *Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 182).

<sup>33</sup> Nancy, J.-L., *Las musas*, Buenos Aires, Amorrortu, trad. Horacio Pons, 2008, p. 30.

Apenas tocar: rozar [*effleurer*]. El sentido aflora, los sentidos lo rozan (todos los sentidos, también el de las palabras) [...]. No hay sentido más que a flor de sentido.<sup>34</sup>

Debe verse, entonces, el sentido de esta interrupción como el punto en que, precisamente, se marca el límite<sup>35</sup> con el haptocentrismo, que hace del *con-* del contacto una continuidad e inmediatez que Nancy rechaza instalando esta «proximidad de lo distante», gracias a la cual es posible una heterogeneidad del tacto, su umbralidad o limitoficidad, llegando así a un tacto incapaz de subordinar al resto de sentidos: «El tacto *forma cuerpo* con el sentir o hace de éste –de su pluralidad– un cuerpo; no es más que el *corpus* de los sentidos»<sup>36</sup>. El sentido del tacto que Nancy busca ha de tener la capacidad de contagiar<sup>37</sup> la pluralidad: «El toque de los sentidos podrá, pues, repartirse y clasificarse de tantas maneras como se desee: lo que lo hace ser el toque que es, es una dislocación, una heterogeneización de principio»<sup>38</sup>. Así puede comprenderse la singularidad plural de su pensamiento, por lo que implica esta interrupción, que toca (deconstruyendo) el cuerpo, por cuanto esta interrupción introduce la técnica «desde el umbral “fenomenológico” del cuerpo propio»<sup>39</sup>. Por tanto, la suplementariedad originaria del cuerpo, del tacto, se recoge en este contacto, en el límite como sentido propio de este cuerpo que suspende el sentido: «*El cuerpo expone la fractura de sentido que la existencia constituye, sencilla y absolutamente*»<sup>40</sup>. Antes de continuar por esta senda, volvamos a Psique, alrededor de ella, antes de verla (como) muerta.

Derrida examina esta extensión, la extensión de la cita de Freud, que intenta apuntar contra Kant. Freud buscaría con ello asentar un psicologismo por el cual el afuera, la espacialidad del espacio, sería una proyección, una extensión interna y psíquica<sup>41</sup>. Como señala Derrida, esta misma posibilidad puede encontrarse ya en Kant, al considerar el espacio como representación *a priori* necesaria y fundamental de toda intuición externa<sup>42</sup>. Ello nos lleva a cuestionar –una vez hemos visto estas nociones sobre su tocar– en qué sentido es Psique extensa para Nancy, si en el mismo sentido en que Freud la plantea con(tra) Kant, o en otro que sea capaz, exactamente, de generar la interrupción que busca con su planteamiento. Volvamos a su *Corpus*, para intentar comprender que cuando Nancy dice «cuerpo», dice, por tanto, que

<sup>34</sup> Nancy, J.-L., *El sentido del mundo*, Buenos Aires, La marca editora, trad. de Jorge Manuel Casas, 2003b, pp. 129-30. Trad. lig. mod.

<sup>35</sup> «La interrupción está en el borde, o más bien, constituye el borde donde los seres se tocan, se exponen, se separan, comunican de esta manera y propagan su comunidad. Sobre este borde, entregada a este borde y suscitada por él, nacida de la interrupción, hay una pasión –que es, si se quiere, la que queda del mito, o que es más bien *ella misma la interrupción de mito*» (Nancy, J.-L., *La comunidad desobrada*, Madrid, Arena libros, trad. Pablo Perera, 2001, p. 115.).

<sup>36</sup> Nancy, J.-L., *Las musas*, op. cit., p. 31.

<sup>37</sup> «Los seres singulares comparecen: esta comparecencia hace su ser, los comunica unos con otros. Pero la interrupción de la comunidad, la interrupción de una totalidad que la realizaría, es la ley misma de la comparecencia. El ser singular aparece a otros seres singulares, les es comunicado en cuanto singular. Es un contacto, un contagio: un tocar, la transmisión de un temblor al borde del ser, la comunicación de una pasión que nos hace semejantes, o de la pasión de ser semejantes, de ser *en común*.» (Nancy, J.-L., *La comunidad desobrada*, op. cit., p. 114).

<sup>38</sup> Nancy, J.-L., *Las musas*, op. cit., p. 31.

<sup>39</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 91.

<sup>40</sup> Nancy, J.-L., *Corpus*, op. cit., p. 22.

<sup>41</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 75.

<sup>42</sup> *Ibíd.*, p. 76.

«Psique es extensa» equivale a «Psique es cuerpo», ese «cuerpo» no es, no puede ser ya el mismo al que estamos acostumbrados ya no es un cuerpo histórico:

El cuerpo histórico es ejemplar en cuanto que afirma, sobre un límite insostenible, una *pura* concentración de sí, un puro estar-consigo de su extensión, que reniega y catatoniza su extensión, su espaciamento. Cuerpo que no puede aflojarse, abrirse. Sujeto, substancia absoluta, absolutamente a-significante. Este límite expone la verdad del cuerpo, bajo la forma de su implosión.<sup>43</sup>

Puede decirse tal vez así, entonces: la extensión que Freud busca dar a Psique no sería la misma que Nancy ve en esa frase, como modificándola para decir que sí, que Psique es extensa, pero Freud no ve, no puede ver, todo el pensamiento que se abre con ello. Y esto debería ser así por cuanto los «enfrentamientos» de Nancy con las grandes palabras de la filosofía del tacto, como su corpus, la psique, la extensión, provocan un vuelco, un síncope, ya que las palabras se mantienen ahí y suenan igual, se ven y se escriben igual, pero ya no dicen lo mismo. De alguna manera esto lo vemos en casi todas las contraposiciones a las que Derrida enfrenta los textos nancyanos (una única contraposición arroja en esta obra resultados distintos: la puesta en conjunto de Derrida y Nancy). Por ejemplo, en el caso de Freud y Kant, la extensión de Psique se jugaba, entre ellos, entre un subjetivismo psicoanalítico o trascendental, y pese a los posibles puntos de contacto con Nancy (de alguna forma una tensión entre realismo e idealismo), su *obstinación* en contra de los idealismos y subjetivismos, y su insistencia, su resistencia en nombre del tocar, desbarata esa tradición, como todas aquellas a las que lo vemos enfrentado<sup>44</sup>. Derrida llega a dar esta definición (y confesión) del tocar para Nancy:

El tocar viene a ser, para Nancy, el motivo de una suerte de realismo absoluto, irredentista y postdeconstructivo. El espaciamento del espacio que Nancy expone al tocar resulta irreductible a cualquier extensión matematizable, y quizás a todo saber. Realismo absoluto, pero irreductible a todos los realismos de la tradición. La Cosa se toca, aun allí donde no se toca Nada. Esto es lo que desde ahora tendremos que intentar comprender. Y cómo el tocar y el no-tocar se tocan, *realmente*, con un tacto infinito en el cual se hunde, se abisma y se agota, se ex-cribe, la escritura de Nancy.<sup>45</sup>

Otro pensamiento, que atañe incluso a lo que quiere decir pensamiento. Podríamos aventurar, tal vez, una hipótesis por la cual aceptaríamos que Nancy, por ejemplo cuando escribe «cuerpo», lo escribe siempre como ya siendo lo que es después de su deconstrucción (del cristianismo, de la dualidad mente-cuerpo, etc.), es decir, para llegar al cuerpo que Nancy excribe, hay que cambiar todas las palabras que se le asocian, que lo constituyen, sea por «oposición» –*alma, res cogitans*–, o por «organización» –tacto–. En ese momento, al igual que todas esas palabras cambian, cambia necesariamente su relación con la palabra inicial, en este caso, cuerpo, pero evidentemente aquí no referimos «inicial» en un sentido jerárquico. Así, todas las grandes obsesiones, simbolismos, significaciones, han quedado como huellas en la

<sup>43</sup> Nancy, J.-L., *Corpus*, op. cit., p. 21.

<sup>44</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 78.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 78-9.



orilla, que se difuminan a medida que Nancy las re-escribe. El ejemplo crucial en esta obra es el del tocar mismo, ¿por qué querer mantenerse en esa palabra? Veamos esto con otro ejemplo que podría resultarnos muy esclarecedor, por la serie de tradiciones que convergen en esta cita y terminan produciendo un universo distinto:

«Tocar, dar en el blanco» es arriesgarse incluso a perderlo. Pero el origen no es un blanco. El Fin, como el Principio, es una forma del Otro. Tocar el origen no es perderlo: es estar propiamente expuesto a él. Sin ser otra cosa (un *aliud*), el origen no es ni «perdible» ni apropiable (penetrable, absorbible). No obedece a esta lógica. Es la singularidad plural del ser del ente. Lo tocamos en la medida en que *nos* tocamos, y en que tocamos al resto de cuanto es. Nos tocamos en tanto que existimos. Tocarnos es lo que nos hace «nosotros», y no hay otro secreto por descubrir o por esconder tras este tocar mismo, tras el «con» de la co-existencia.<sup>46</sup>

De todos los motivos que se podrían señalar en esta cita, y en lo que refiere a los universos que ex-criben su puesta en relación en el texto, destaca una palabra que demuestra precisamente esta reescritura de las «viejas palabras»: un «nosotros» entrecomillado, casi diría que azorado por el riesgo de su escritura en una cita que toca en tantos motivos que, en la tradición, habrían provocado que ese «nosotros» fuese escrito con absoluta seguridad. Este «nosotros», ¿hasta dónde se extiende? ¿Sólo humanos, sólo vivientes? Podríamos arriesgarnos nosotros también y decir que su entrecomillado remite, no sin cierto pudor, al significado tradicional; sería la única palabra en esta cita que, en el instante inicial de su escritura, todavía no ha sido traducida, y que en el momento de estar puesta ahí, entrecomillada, señala, «da en el blanco» hacia lo que, en ella misma, ya contenía la traducción del resto de palabras que la rodean. En cierta forma, es como si se mostrase, por un momento, lo que en realidad se quiso hacer decir a esta palabra durante mucho tiempo, y que gana ahora la capacidad de decirlo pero que, debido a todo el peso que siempre habrá en ella, hay que seguir situándola, señalándola así, para recordar que ahora puede decir lo que siempre quiso, pero que, para poder decirlo, hay que (re)tocar el diccionario<sup>47</sup> (y afinar el oído).

Volvamos a *El tocar*, Jean-Luc Nancy. Derrida hace hincapié y sigue la historia de esta Psique extensa en los textos de Nancy. En su primera mención, esta Psique yace extendida en un féretro pronto a cerrarse; ella no lo sabe, ni sabe que «Eros la contempla con turbación y malicia», ni sabe lo que es ni lo que cree saber sobre sí misma:

Psique es extensa, partes extra partes, ella no es más que dispersión de lugares indefinidamente fragmentados en lugares que se dividen y jamás se penetran. Ninguna encajadura, ninguna superposición, todo está por fuera de otro afuera –cada cual puede calcular el orden y dar las relaciones–. Psique sola no sabe nada de eso: para ella no hay relaciones entre esos lugares, esos espacios, esos fragmentos de plano<sup>48</sup>.

<sup>46</sup> Nancy, J.-L., *Ser singular plural*, Madrid, Arena Libros, trad. Antonio Tudela, 2006b p. 29.

<sup>47</sup> «Los mismísimos adversarios del pensamiento del “fin” están errados en el hecho de que no ven que las palabras por medio de las cuales se designa lo que llega a su fin (historia, filosofía, política, arte, mundo...) no son los nombres de realidades que subsisten en sí mismas, sino los nombres de conceptos, o de ideas, enteramente determinados en un régimen de *sentido* que se cierra sobre sí mismo y se consume bajo nuestros ojos (nuestros ojos desorbitados)» (Nancy, J.-L., *El sentido del mundo*, op. cit., pp. 17-8).

<sup>48</sup> Nancy citado en Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, op. cit., p. 33.

Impasible e inocente, Psique pertenece al afuera absoluto, compuesta de límites, de umbrales intocables: «fórmula de un pliegue que hay que tomar en cuenta: el ser por-fuera de otro afuera forma la plegadura de un devenir-adentro del primer afuera, etc. De ahí, en razón de este plegado, los *efectos de interioridad* de una estructura constituida sólo por superficies y por afueras sin adentros»<sup>49</sup>. Y Psique no sabe nada, está sola, su inocencia, su no saber, la aísla, mientras ellos a su alrededor (*Peri Psykhés*<sup>50</sup>) la miran, «con un saber tan exacto y cruel»<sup>51</sup>. La extensión de Psique, que permanece intocable, nos aboca a preguntarnos por una extensión intocable y por un tocamiento capaz de tocar en lo no-extenso<sup>52</sup>, por la posibilidad de algo que, al sentido común, le resulta imposible. Es necesario cambiar un poco las cosas, las cosas que provocan que digamos «las cosas»<sup>53</sup>. Por tanto, si bien el tacto no puede más que tocar en lo extenso, ello no significa necesariamente una asociación esencial entre tacto y extensión, como tampoco se daría entre extensión y exterioridad. Deambulación vertiginosa, a eso nos aboca nuestra pregunta, en torno a ella intentamos comprender la combinatoria de cuatro filosofemas que sostienen la extensión de Psique: la extensión misma, el partes extra partes, el tocar y el tocarse<sup>54</sup>.

Por un pequeño vértice se asoma el principio de la comprensión de esta Psique extensa, sujeta al saber de ellos, saber exacto, cruel y excluyente; sólo ellos lo saben mientras la miran a su alrededor. Aunque ella tampoco sabe esto, que su féretro está pronto a cerrarse, que todos los que la querían así como era han ido a despedirla pero, ¿qué sería lo más querido de todos ellos?

Resulta que ella, Psique, es el sujeto [*sujet*]. Ella sigue siendo el sujeto en tanto que él permanece («*rests*», «*lies*», reposa, yace, descansa). Ellos, por su parte, están a su respecto [á son *sujet*], no como a su cabecera, diríamos, sino al borde de su ser-extenso, de su lecho o de su féretro. Al velar sobre ello, no sabiendo de ella más que una cosa, que ella no sabe nada de eso, buscan, como nosotros, pensar respecto [*au sujet*] del sujeto y alrededor de psique (*peri psykhés*), y pensar lo que «tocar» quiere decir. Pero tocar, esto es lo que hacen, porque piensan, y piensan –he aquí su postulado– que, para pensar el tocar, el pensamiento del tocar no debe tocar<sup>55</sup>.

Duelo de *Psykhé*, de la vida misma, duelo absoluto y constante, pues nunca vemos cómo se cierra su ataúd, sólo sabemos que está pronto a cerrarse; no hay (el) tiempo para el duelo, «Duelo en el umbral del duelo. Nuestra vida misma, ¿no es cierto?»<sup>56</sup>. Si Psique, entonces, es un cuerpo<sup>57</sup>, un cuerpo intocable porque está siempre en ese umbral, el umbral es el lugar de la existencia; volvemos a *Corpus*:

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>51</sup> Nancy citado en *Ibid.*, p. 33.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>53</sup> «La razón ha sido siempre *razón de la cosa*, razón de todas las cosas, y así, en cada cosa, ella debe ser, si uno puede decirlo, la cosa del ser-cosa mismo. [...] Razón: se trata de lo que hace cosa a la cosa» (Nancy, J.-L., *Un pensamiento finito*, Barcelona, Anthropos, trad. de Juan Carlos Moreno Romo, 2002, p. 169).

<sup>54</sup> Derrida, J., *El tocar, Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 37.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>57</sup> «Psique no es sujeto. Lo que queda es precisamente cuerpo, los cuerpos. O bien: “cuerpo” es el sujeto de no tener objeto: sujeto de no ser sujeto, sujeto a no ser sujeto, como cuando se dice “sujeto a accesos de fiebre”» (Nancy, J.-L., *Corpus*, op. cit., p. 74).

...el cuerpo *da lugar* a la existencia.

Y muy precisamente, da lugar [*il donne lieu*] a que la existencia tenga por esencia no tener esencia. Por eso es por lo que la *ontología del cuerpo* es la ontología misma: ahí el ser no es nada subyacente [*sous-jacent*] o previo [*préalable*] al fenómeno. El cuerpo *es* el ser de la existencia. ¿Cómo mejor tomarse la muerte en serio? Pero también: *cómo decir que la existencia no es* «para» la muerte, sino que la «muerte» es su cuerpo, lo que es bien diferente. No hay «la muerte» como una esencia a la que estuviésemos abocados: hay el cuerpo, el espaciamento mortal del cuerpo, que inscribe que la existencia no tiene esencia (ni siquiera «la muerte»), sino que solamente ex-siste.

Toda su vida, el cuerpo es también un cuerpo muerto, el cuerpo de un muerto, de ese muerto que soy mientras vivo. Muerto o vivo, ni muerto ni vivo, *soy* la abertura, la tumba o la boca, la una en la otra<sup>58</sup>.

Así (se) vive Psique. Toda posibilidad de un tacto separado de la extensión y de la extensión separada de la actualidad, es decir, no esencialmente ligados el uno con la otra, pasa por este cuerpo que aquí se expone, por una esencia limítrofe, una existencia constituida esencialmente por la falta de esencia, y por tanto, también por una esencia en la que el tocar ya no es del haptocentrismo, un tocar que, aun manteniendo parte de su ley, de su voto de abstinencia, permite un con-tacto que es una «proximidad en la distancia»:

«No me toques» es una frase que toca [*touche*], que no puede no hacerlo, incluso aislada de todo contexto. Enuncia algo del acto de tocar en general, o toca el punto sensible del tacto: ese punto sensible que el tocar constituye por excelencia (es, en resumidas cuentas, «el» punto de lo sensible) y lo que en él forma el punto sensible. Ahora bien, ese punto es precisamente el punto en el que el tocar no toca, no debe tocar para ejercer su toque (su arte, su tacto, su gracia): el punto o el espacio sin dimensión que separa lo que el tocar reúne, la línea que separa el tocar de lo tocado y por tanto el toque de sí mismo<sup>59</sup>.

Éste es el tocar que nos hace nos-otros, un tocar que es necesariamente singular-plural. Sería necesario citar todo el *Corpus* de Nancy para verlo expuesto en toda su extensión, volveremos a Psique en él, antes citemos otro pequeño ensayo consagrado a la «Extensión del alma»:

Psyché es extensa, no sabe nada de ello, escribe Freud en una nota póstuma. En cuanto extensión, Psyché no se sabe extensa. La extensión no puede ser sabida: es para mover, para e-mocionar. Pero en el emocionarse o exponerse de la unión [entre cuerpo y alma], de un modo inextricablemente uno y doble, dos en uno y uno en dos, se sabe el no-saber de sí [*soi*], hasta el sentido del saber mismo —una emoción expuesta, del alma a todo el cuerpo y hasta el fin del mundo—.

El cuerpo es la extensión del alma hasta las extremidades del mundo y hasta los confines del sí, el uno en el otro intrincados e indistintamente distintos, extensión tensa hasta romperse<sup>60</sup>.

<sup>58</sup> *Ibíd.*, pp. 15-6. Un poco más adelante también: «*los cuerpos no tienen lugar, ni en el discurso ni en la materia. No habitan “el espíritu” ni “el cuerpo”.* Tienen lugar al límite, *en tanto que límite*: límite—borde externo, fractura e intersección del extraño en el continuo del sentido, en el continuo de la materia. Abertura, *discreción.*» (*Ibíd.*, p. 17).

<sup>59</sup> Nancy, J.-L., *Noli me tangere*, op. cit., pp. 24-5.

<sup>60</sup> Nancy, J.-L., «Extensión del alma», en *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*, Buenos Aires, La cebra,

Este cuerpo, esta Psique, viven en un mundo, el de la técnica y la ecotecnia, que crea los cuerpos, la *techné* del mundo es su creación; ésta es la verdad del mundo de aquí: «El mundo de los cuerpos no tiene sentido ni trascendente ni inmanente»<sup>61</sup>. Mundo de los cuerpos, mundo inmundo<sup>62</sup>, que no hace más que tocarse en la abyección de lo inmundo<sup>63</sup>:

*De hecho*, desde que el mundo *es mundo*, éste *se produce* (se expulsa) también como inmundicia. El mundo *debe* arrojarse fuera in-mundo, *porque su creación sin creador no puede contenerse a sí misma*. Un creador contiene, retiene, su creación y se le adjudica. Pero la creación de mundo de los cuerpos no remite a nada ni a nada. *Mundo* quiere decir sin principio y sin fin<sup>64</sup>.

Mundo in-mundo, que expulsa al otro, que impone la autoinmunidad del sujeto. Tal es la razón de un rechazo constituyente de la venida al mundo («he ahí lo que quiere decir cuerpo y he ahí lo que por otra parte *sentido* quiere decir»<sup>65</sup>), mundo del cuerpo impropio, de la venida como impropiedad; mundo que constituye cuerpos que deben purificarse en el sentido de los cuerpos-sujetos, de cuerpos *non propres*<sup>66</sup>, a la vez no-limpios y no-proprios. Éste es el mundo de buena parte de la tradición filosófica occidental y que el *Corpus* de Nancy, desde su piel, desde su *ex-peau-sition*<sup>67</sup>, intenta transformar este mundo sobreinterpretado: fin del mundo del sentido que provee la praxis del sentido del mundo<sup>68</sup>. Debe entenderse esta ecotecnia, esta exposición, como un cuerpo capaz de realizar una ex-sistencia como tal, capaz de salir del sujetamiento de la autoidentidad hacia el afuera en el que toca con la alteridad, con la singularidad plural del ser que lo constituye: ex-sistir es co-ex-sistir, es hacer que la co-ex-sistencia no sea un agregado a la existencia, sino la existencia misma<sup>69</sup>:

El mundo carece de suplemento: está en sí mismo y como tal suplementado, indefinidamente suplementado de origen.

Pero de ahí se deduce una esencial consecuencia: el ser-otro del origen no es la alteridad de un «otro-que-el-mundo». No se trata de Otro (inevitablemente «Gran Otro») *más que* el mundo, se trata de la alteridad, o de la alteración, *del* mundo. [...] Asimismo y recíprocamente, «nosotros» somos siempre por fuerza «todos nosotros», de quienes uno no es «todo» y de quienes cada uno es a su turno –en turnos simultáneos tanto como sucesivos, turnos en todos los sentidos– otro origen del mismo mundo.

---

trad. Daniel Álvaro, 2010, pp. 50-1. Corchetes añadidos.

<sup>61</sup> Nancy, J.-L., *Corpus*, op. cit., p. 70.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>64</sup> *Idem.*, trad. lig. mod.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>66</sup> Peretti, C., «La otra escritura del *corpus* in-mundo», en *Revista Anthropos*, 205, Barcelona, Anthropos, 2004, p. 74.

<sup>67</sup> «*Expuesto*, por lo tanto: pero no es la puesta ante la vista de lo que primero estuvo oculto, encerrado. Aquí, la exposición es el ser mismo (léase: el existir). O todavía mejor: si el ser, en cuanto sujeto, tiene por esencia la autoposición, aquí la autoposición es ella misma, en tanto que tal, por esencia y por estructura, la exposición. *Auto = ex = cuerpo*. El cuerpo es el ser-expuesto del ser.» (Nancy, J.-L., *Corpus*, op. cit., pp. 29-30).

<sup>68</sup> Nancy, J.-L., *El sentido del mundo*, op. cit., p. 24. Un poco antes, también: «*mundo* no sólo es correlativo de *sentido*, está estructurado como *sentido*, y recíprocamente, *sentido* está estructurado como *mundo*. En definitiva, “el sentido del mundo” es una expresión tautológica» (*ibid.*, p. 22).

<sup>69</sup> Nancy, J.-L., *La creación del mundo o la mundialización*, Barcelona, Paidós, trad. Pablo Perera, 2003c, p. 147.

El «afuera» del origen está «dentro» –en un adentro más interior que el extremo interior, es decir, más interior que la *intimidad* del mundo y de cada «yo»<sup>70</sup>.

Psique extensa, Psique = Cuerpo, sólo puede darse bajo este esquema, en el que, en definitiva, cuerpo y alma no son igualados, sino que incluyen de partida a su otro de forma constitutiva pero sin confusión. Psique tiene en sí la extensión, porque Psique, para poder darse, necesita un cuerpo que sea ella misma; y viceversa para el cuerpo: «El “adentro”, desde el comienzo, está formado por el desvío-afuera, es propiamente *abierto desde fuera*»<sup>71</sup>. Un cuerpo es necesariamente material-inmaterial<sup>72</sup>, igual que Psique es necesariamente *cogitans-extensa*, porque ambos están tan inextricablemente unidos que su separación esencial sólo puede darse de forma ideal, por la cual se nombra a parte de la *res extensa* como *cogitans*, siempre manteniendo esta primacía que condena la extensión, pues ella está expuesta a la inmundicia<sup>73</sup>.

Expuesta esta evidencia, volvamos a *El tocar*, Jean-Luc Nancy. Derrida señalará en su lectura de estas exigencias que permiten una Psique extensa, lo que ya hemos señalado, la necesidad de un rediseño de las palabras<sup>74</sup>, un rediseño que exigiría una deconstrucción del cristianismo. Este *Corpus*, como venimos viendo, si es capaz de cambiar nociones como «afuera» o «adentro»<sup>75</sup>, cambia al tacto mismo:

El «tocar», el léxico del tocar, adopta en efecto aires gramaticales o sendas retóricas laterales sumamente diversas. Asume un contenido semántico cuyo espectro parece obedecer a un juego sutil, irónico, a la vez discreto y virtuoso. Como si nada pasara, como si un amo del lenguaje fingiera no tocar la cuestión en absoluto ¿lo hace a propósito? ¿O bien deja que un síntoma traicione cierta obsesión demasiado intensa para dominarla o formalizarla? ¿Un desvelo que, antes de ser el de un sujeto individual, se encontraría ya en la lengua? Y en una lengua que cambia el sentido, que *toca* al sentido, diríamos, hasta el núcleo presunto del sentido, al pasar del verbo al sustantivo o del sustantivo al participio<sup>76</sup>.

<sup>70</sup> Nancy, J.-L., *Ser singular plural*, op. cit., p. 27. También: «Nosotros somos el sentido. Antes de todo sentido producido o descubierto, y antes de todo intercambio de sentido, nuestra existencia se nos presenta como sentido, de tal manera que, cuando digo “nosotros”, en esta frase designo también, e indisolublemente, cada una de nuestras existencias singulares, cuya singularidad es cada vez el lugar de una presentación como ésta (no es nunca “colectiva” sino de manera secundaria y derivada) y el elemento común del sentido en el que sólo puede tener lugar lo que tiene lugar de esta manera» (Nancy, J.-L., *El olvido de la filosofía*, Madrid, Arena libros, trad. Pablo Perera, 2003d, p. 67).

<sup>71</sup> Nancy, J.-L., *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*, op. cit., p. 11.

<sup>72</sup> Ver «58 indicios sobre el cuerpo», donde el cuerpo pasa de ser material en el «Indicio 1», a inmaterial en el «Indicio 5» (ibid., pp. 13-4).

<sup>73</sup> «Pero es en la tiniebla, y él mismo como tiniebla, donde el cuerpo ha sido *concebido*. Ha sido concebido y conformado como la caverna misma: prisión o tumba del alma [...]. El cuerpo-caverna es el espacio del cuerpo *viéndose desde dentro*, [...] viéndose él mismo su propia matriz, sin padre ni madre, pura tiniebla de la autofiliación.» (Nancy, J.-L., *Corpus*, op. cit., p. 53).

<sup>74</sup> Hacia el final del libro el mismo Derrida señala que habría que «cambiar todo el lenguaje, reescribir todo, excribir todo, para que se pudiese *propiamente (apte)* hablar y pensar el tocar» (Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, op. cit., p. 428).

<sup>75</sup> «La sustancia extensa es la extensión y la exterior de la sustancia presente, que sin afuera no podría construirse en interioridad. Mejor aún: conviene deshacerse del esquema de un interior opuesto a un exterior. No hay más que un existente, que puede considerarse bajo el aspecto de su puntualidad o bien bajo aquel de la exposición de esta puntualidad.» (Nancy, J.-L., *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*, op. cit., p. 12).

<sup>76</sup> Derrida, J., *El tocar*, Jean-Luc Nancy, op. cit., p. 97.

Derrida expondrá así este uso múltiple del tocar en *Corpus*: como *verbo* («Estamos obsesionados con mostrar un éste y convencer(nos) de que éste, aquí, es lo que no se puede ver ni tocar»<sup>77</sup>); como *sustantivo*, que describe la idealización del cuerpo que lo sustrae al tocamiento y hace desaparecer lo tangible («*Hoc est enim...* desafía, calma todas nuestras dudas sobre las apariencias y da a lo real el verdadero último toque de su Idea pura: su realidad, su existencia»<sup>78</sup>); como *adjetivo* («Tan pronto como es tocada, la certidumbre sensible vira hacia el caos, hacia la tempestad y todos los sentidos se trastornan»<sup>79</sup>); por último, un retoque, un rediseño del verbo que, además de proceder a una emancipación –*enancypación* diríamos, para usar un justo neologismo<sup>80</sup>– del cuerpo, lo es también, y éste es el gran reto, del tocar, de esa palabra:

Paradoja: ahora se nos va a mostrar que, si se ha buscado (véase 1 [el verbo]) no «tocar», sustraer el cuerpo al tocamiento, si se ha deseado lo intocable, si se ha debido añadir un último «toque» (véase 2 [como sustantivo]) a la idealización y el escamoteo del tocamiento, si la certeza sensible queda así «tocada» (véase 3 [el adjetivo]) hasta el desarreglo de los sentidos, es por deseo o hambre hiperbólica de «tocar», de ser lo que se quiere tocar, comiéndolo. En esta inversión del «tocar» parece decidirse todo. Aprehensión desaprehendida o desaprehendiente, toda la nueva conceptualidad (*Begriefflichkeit*) de Nancy recibe de esto su marca, empezando por un distinto pensamiento del cuerpo<sup>81</sup>.

¿Cómo denominar a este gesto? Postdeconstrucción, enancypación, ex-critura: *Corpus*, en definitiva. Psique es extensa, siempre lo fue, y la sorpresa, la alegría y cierta risa irónica de Nancy ante la nota póstuma de Freud que, por su misma historia contra Kant, contra Descartes, desvela algo así como una historia secreta de lo que las palabras quieren decir, diciendo que *Corpus* ya estaba ahí, Psique siempre fue extensa y la historia de la filosofía es la historia por segar, mutilar las extremidades de Psique, para encerrarla en lo alto de una torre, intocable. Derrida llegará a llamar a este *Corpus* de Nancy el *De Anima* de nuestra época<sup>82</sup>, y tanto el recorrido que venimos siguiendo aquí, como la comprensión de la estrategia textual, ex-critural, nancyana, se orientan en la línea de confirmar esta hipótesis. Resta preguntarle a él, a Nancy, por el cuerpo y la muerte del animal, como prueba casi última del viviente que en su *Corpus* se dibuja. No obstante, la lectura de *Corpus*, aunque tiene lugar para los animales, cuenta historias de cuerpos humanos, de vivientes humanos que, pese a todo y como él, son capaces de entrecomillar el «nosotros», que se vuelcan hacia el afuera y hacia lo otro. Sin embargo, a esta comprensión que buscamos aquí, junto con Derrida y hacia Nancy, le falta todavía algo; siempre, por fortuna, faltará algo.

<sup>77</sup> Nancy, J.-L., *Corpus*, op. cit., p. 7.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>79</sup> *Ídem.*

<sup>80</sup> Vidarte, F., «La comunidad enancypada», *Revista Anthropos*, 205, Barcelona, Anthropos, 2004, pp. 78-85.

<sup>81</sup> Derrida, J., *El tocar*, *Jean-Luc Nancy*, op. cit., p. 100.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 104.